

## *Amado Nervo y Madrid*

El estudio de las relaciones entre una ciudad y un escritor debe abarcar dos aspectos. El hecho mismo de su estancia le relacionará con determinados lugares: residencia, centros de trabajo y de esparcimiento, etc., y con grupos sociales y personas concretas, puntos todos ellos que facilitarán un mejor conocimiento de su biografía. Pero ese contacto, además, puede dejar huellas en la producción literaria, dándonos a conocer las impresiones producidas por el mundo circundante.

La presencia de Amado Nervo en Madrid, aparte de sus detalles concretos, puede considerarse poco o nada prometedora en ese segundo punto, si se recuerda que suele considerársele místico, metafísico, espiritual, etc., y tan ajeno a todo lo exterior que se le reprochaba no estar al tanto de la guerra que se desarrollaba en el continente europeo en que residía ni de las convulsiones políticas de su patria. El aislamiento doméstico derivado de su situación personal contribuiría, además, a limitar su horizonte al estrecho y artificioso de la actividad diplomática.

Sin embargo, no fue así porque en su caso, como en el de Rubén Darío, tan íntimo y semejante en muchas facetas, el mantenimiento de sus corresponsalías periodísticas les obligó a conocer lugares y costumbres, a interesarse por los acontecimientos de interés público y desempeñar el papel de auténticos cronistas, mientras que lo fantástico y lo intemporal dominaba en sus escritos literarios.

### ANTECEDENTES

Amado Nervo nació en 1870 en Tepic, pequeña población del estado mexicano de Nayarit<sup>1</sup>. A los catorce años ingresó en el colegio de San Luis de

---

1. Una de la biografías más documentadas es la de Manuel Durán: *Genio y figura de Amado Nervo*. Buenos Aires, Editorial Universitaria, 1968, 224 pp.

Jacona (Michoacán) y dos después en el Seminario de Zamora, en el mismo Estado, donde después de cursar durante un bienio la enseñanza secundaria, pretendió sin éxito seguir la carrera sacerdotal. Comenzó después la de jurisprudencia y por dificultades familiares tuvo que volver al lugar natal, de donde saldría para trabajar como periodista, primero en Mazatlán y desde 1894 en México capital. Estos primeros veinticuatro años de su vida coinciden con un período de grandes transformaciones en su país, que parecen no haber tenido grandes ecos en su entorno provinciano, caracterizado por una profunda religiosidad. Tres años antes de su nacimiento se había producido el fusilamiento del emperador Maximiliano en el Cerro de las Campanas de Querétaro y de las versiones más o menos legendarias que escuchó durante su infancia del mundo y de los personajes desaparecidos con la Revolución le quedaron grabadas unas curiosas inclinaciones hacia dos clases extinguidas; los reyes y las monjas. El deslumbramiento ante lo extranjero, característico durante el mandato de Porfirio Díaz, explica que aceptara sin vacilar ser enviado a París, como corresponsal de *El imparcial* en la Exposición Internacional.

Allí vivían entonces, en ejemplar hermandad, unos cuantos jóvenes escritores hispanoamericanos. Gómez Carrillo tuteló a Rubén Darío, llegado en 1898, y acabó haciendo que fuera a vivir con él a su piso de Montmatre. Nervo se aloja primero en una modesta vivienda obrera de la «rive gauche», pero después de conocer a Darío y cuando éste queda como único morador de la citada vivienda, se traslada también a ella y comienza un período de fraternal convivencia, sobre el que ambos han dejado numerosos recuerdos. Menciona también al tercer inquilino, el extravagante pintor belga Henri de Groux, pero de lo que nada cuentan es de las dos mujeres que, desde un apartamento misterioso, van a tener influjo decisivo en sus vidas.

En 1901 llega a París Francisca Sánchez, la hija del jardinero del Campo del Moro, a la que Rubén había conocido dos años antes. Reside con ambos y Nervo, que la llama «la princesa Paca», ayuda a enseñarla a leer. Él, por su parte, después de haber tenido relaciones con varias mujeres, una noche de agosto del mismo año encontró por azar en una calle del Barrio Latino a una joven francesa, llamada Ana Cecilia Luisa Dailliez, que no tardaría en convertirse en su compañera inseparable y secreta.

El poeta se caracterizaba entonces por su figura escuálida, su barba y su mirada penetrante, todo lo cual le daba un cierto aire judaico y explicaba que le llamasen «Monsieur le Christ». En el conocido soneto improvisado en que le retrató, Rubén le denominaba «fraile de los suspiros, celeste anacoreta» y como muestra de sus contrastes relató cómo a mitad de una noche de diversión les desaparecía y acababan encontrándole extasiado en una iglesia escuchando un concierto de música sacra.

El hallazgo de Ana dio fin a la soledad que le atormentaba: con ella visitó

Venecia, Florencia, Munich, Basilea y otras varias ciudades de Europa, hasta que la marcha de Rubén, que le proporcionaba algunos trabajos de traductor, y la interrupción del envío de su sueldo por parte del periódico, le colocaron en una difícil situación económica, que le obligó a aceptar la ayuda ofrecida por Justo Sierra, de paso por Francia.

Volvió a México como profesor de la Escuela Preparatoria e inspector del Ministerio de Instrucción Pública y poco después llegaron Ana y su hija, que parece pasaron inadvertidas. En 1905 aprobó las pruebas de ingreso en la carrera diplomática, siendo nombrado segundo secretario de la Legación en España. Al asumir su nuevo papel, comenzó por transformar su aspecto físico, prescindiendo de la barba y cuidando otros detalles, de tal forma que el hombre que llegó a Europa por segunda vez se parecía muy poco al periodista bohemio de la primera.

## INSTALACION EN MADRID

Sin embargo, desde el primer momento volvió a ejercer sus funciones de corresponsal y nada habría tenido de extraño que después de haber residido en París y de visitar Nueva York, Londres y las principales ciudades europeas, sus primeras impresiones de Madrid hubieran sido negativas, al menos en aquellos puntos en que la inferioridad era evidente, pero sólo hallamos observaciones gratas y afectuosas, incluso en su correspondencia privada.

Entre los factores que contribuyeron a tan inmediata asimilación figuraron, aparte de la comunidad de lengua y costumbres, el hallazgo de unos cuantos antiguos amigos, las facilidades para editar y difundir sus obras y el alto nivel social en que se encontró situado. También tuvo importancia suma el hallazgo de una vivienda capaz de satisfacer a la vez su afición a la naturaleza y el secreto de su doble vida: era el piso segundo izquierda de la casa número quince de la calle de Bailén, cuyas estancias conocemos por varias fotografías, correspondientes sin duda a la réplica que años después se montó en México.

En el libro, desdichadamente inédito, *Los balcones*, en que recogió sus impresiones madrileñas, existe un capítulo en que Luis, el protagonista, describe morosamente el paisaje que contemplaba cotidianamente desde el balcón de esta casa, texto de gran interés, porque aparte de reflejar la visión personal del autor ante «su Madrid», constituye la única pintura conocida de esta parte de la capital, trazada desde tan privilegiado ángulo. Dice así:

«Luis ve desde su balcón lo que se ve desde el Palacio Real. Tiene este visual privilegio, del cual se ufana, porque mirar es para él la vida: mirarlo todo, y, sobre todo la naturaleza.

... Frente por frente del balcón, entre el Palacio Real y la montaña del Príncipe Pío, donde Murat fusiló ha más de un siglo a tantos infelices, trágicamente eternizados en el célebre cuadro de Goya, se extiende hasta las primeras derivaciones del Guadarrama el campo ondulante, amarillento, bien arbolado, con depresiones mullidas y risueñas, que al pie del alcázar es un parque delicioso, llamado el Campo del Moro que un poco más allá forma la vasta y apacible "Casa de Campo"; que después con menos verdor y más amarilleces, constituye los montes del Pardo. En el fondo azul, encrestada, lejana, augusta, la sierra limita el paisaje. A la izquierda y en el frente sus picachos parecen surgir del horizonte, angulosos y dentados; pero hacia la derecha se va haciendo visible el vasto lomo de las montañas, la ondulación es suave y gradualmente se destaca, hasta erguirse en toda su magnitud en el Norte, donde es imponente, sobre todo cuando el invierno la acoraza de nieve, y en las noches azules esa nieve bulle misteriosamente bajo la custodia de la Osa Mayor que muestra siempre sus siete clavos relucientes.

Oblicuando un poco la mirada hacia la derecha desde el balcón y dejándola peregrinar hasta la falda del Guadarrama, los ojos de Luis tropiezan con un distante caserío, en el que dominan cuatro torres azuladas y un domo enorme, que parece temblar en la humedad de la atmósfera como un paisaje aéreo: Es El Escorial.

Por las mañanas, temprano, cuando el sol le da de frente, El Escorial es perfectamente visible a la simple vista. Parece un monumento espectral, una basílica de ensueño, un fantasma azul recortándose apenas sobre el azul más profundo del Guadarrama. En indecible lo que Luis goza contemplando esa maravilla lejana, como difundida y desmaterializada en el oro de la mañana.

... En cuanto al Palacio Real que se yergue a la esquina del primer término obstruyendo buena parte del paisaje y dejando ver apenas la carretera de Extremadura, Luis lo ha cantado en verso y en prosa. En verso ha dicho de él aquello de:

Sobre el viejo palacio de los reyes de España  
vierte místicamente su palidez la luna...

Es un viejo amigo, un familiar amigo aristocrático. Luis conoce sus menores detalles exteriores. Parece como si él lo habitara, como si lo que ve fuese una prolongación de su morada. En realidad, Luis vive en un palacio y mira uno de los paisajes más bellos del reino. Casi diríamos que posee lo mejor de un reinado»<sup>2</sup>.

Por último, nos dice que el trozo visible al fondo de la carretera de Extremadura, contemplado por la noche con unos prismáticos, le hace pensar en aquel extremeño de acero que fue a México en 1519 y en todos los demás conquistadores, que traen a su memoria trozos de diversos cronistas de Indias.

En las piezas interiores, amuebladas al modo habitual, llama la atención un telescopio, en el centro de una sala, indicio de una de las mayores aficiones del poeta: observar los astros, que le atrajeron desde que durante su estancia en México pasó muchas noches en la azotea de la casa de Luis G. de León, del que aprendió las constelaciones y el manejo de los instrumentos, hasta asesorarle en la compra de los que en adelante formarían su observatorio particular. Gracias a ello dispuso de una «ventana de serenidad por donde me he asomado al

universo»<sup>3</sup>. Por tanto, sus balcones le sirvieron para escudriñar tanto las tierras como los cielos de Madrid.

De los detalles ornamentales: pinturas, grabados, dibujos, Unamuno observó con asombro cómo repetían el tema de la muerte, y eso antes de que ella hubiera hecho aquí su aparición. No deja de resultar peregrino que don Miguel anotara que otro distinto de él demostraba vivir obsesionado con este tema.

La misma muralla que separaba aquella vivienda del resto del mundo la aislaba también del universo literario que el poeta iba reflejando en sus escritos, pues tan sólo en el prólogo de *La Amada inmóvil* trazó algunos párrafos para ponderar los sufrimientos de las horas en que hubo de soportar sólo el transcurso de la enfermedad para mantener casi hasta el último momento su gran secreto: «Nos habíamos amado en la penumbra de un sigilo y de una intimidad tales, que casi nadie en el mundo sabía nuestro secreto. Aparentemente yo vivía solo, y muy raro debió ser el amigo cuya perspicacia adivinara, al visitarme, que allí, a dos pasos de él, latía por mí, por mí solo, el corazón más noble, más desinteresado y más afectuoso de la tierra»<sup>4</sup>.

## EL PADRÓN MUNICIPAL

Nadie, que sepamos, ha puesto en duda las afirmaciones del poeta sobre su secreto, pero resulta impensable que los órganos administrativos del país pudieran ignorar durante tantos años la presencia de dos personas extranjeras.

El censo vecinal, elaborado periódicamente por el Ayuntamiento, era uno de los filtros existentes y con la amable y competente ayuda de la licenciada doña Purificación Fernández hemos logrado comprobar que en el tomo 470 del Empadronamiento de 1910, conservado en la Sección de Estadística del Archivo de Villa, se conserva la sorprendente declaración de Amado Nervo, según el cual en el cuarto segundo izquierda de la casa número de la calle de Bailén, perteneciente al distrito de Palacio, habitaban no una, sino cinco personas, cuyos datos eran los siguientes:

1. Cabeza de familia: *Amado Nervo*. («El cabeza de familia no se empadrona aquí por haberlo hecho en las hojas especiales que el Ministro de Estado envía a las Legaciones, en Españolito 18»).

---

2. Amado Nervo: *Obras Completas*. Edición, estudios y notas de Francisco González Guerrero (prosas) y Alfonso Méndez Plancarte (poesías). Dos vols., Madrid, Editorial Aguilar. En lo sucesivo: *OC*. El capítulo «El paisaje», de *Los balcones*, se encuentra en II, p. 1071.

3. «Un divulgador de ideas», en *Algunos* (*OC*, I, pp. 1345-47).

4. Prólogo a *La amada inmóvil* (*OC*, II, p. 1115).

2. *Elisa Larguilluie*.—Parentesco con el cabeza de familia: *Compañía*.—Fecha y lugar de nacimiento: 1846, en *Cambrai*.—Estado y ocupación: *Viuda. Rentista*.—¿Sabe leer y escribir? *Sí*.
3. *Cecilia Dailliez Larguilluie*.—Parentesco con el cabeza de familia: *Hija*.—Fecha y lugar de nacimiento: 19-IV-1881, en *París*.—Estado y ocupación: *Soltera*.—¿Sabe leer y escribir? *Sí*.
4. *Inocencia Carrero Suárez*.—*Criada*.—21-VIII-1884, en *Ocaña*.—*Casada*.
5. *Lucía de las Heras*.—*Criada*.—1-IX-1890, en *Pinto*.

Por último se declara que las cuatro residen en Madrid desde 1905.

Del análisis de lo declarado se deduce, en primer término, que al omitir sus datos personales el «cabeza de familia» evita que destaquen las anomalías que siguen.

Para justificar la existencia de quien hasta entonces había sido como un fantasma, se recurre a otro, pues como tal debe considerarse a la que parece ser madre de Ana, a quien nunca se vio junto a ellos ni en París, ni en Méjico, ni aquí. La hipótesis de una presencia eventual, como huésped, queda anulada por la afirmación final de que todos los citados han residido en Madrid durante los últimos cinco años. Respecto a su estado, consta el de «viuda», palabra que sustituye a otra escrita con anterioridad y tachada. El término «compañía» aplicado a su relación con el cabeza de familia hace pensar en que se abrevia la frase «señora de compañía», ocupación bastante extraña en una señora de sesenta y cuatro años respecto a un hombre de cuarenta, puesto que tal ocupación se desempeñaba con señoras y especialmente con señoritas. Además, tal cargo retribuido tampoco concuerda con la condición de «rentista» que se la adjudica. Todo parece indicar que se ha traído a cuenta su nombra para justificar y dar respetabilidad a la tercera persona mentada, la llamada comúnmente Ana Cecilia Dailliez, Ana en la intimidad y aquí Cecilia. La afiliación de «hija» que se consigna parece ser fruto de un equívoco intencionado, pues sus apellidos dan a entender que lo es de la señora anterior, pero como lo que se pregunta es la relación con el cabeza de familia si se le aplicara a él y constaran sus circunstancias personales resultaría que la había tenido a los once años de edad..., y desde otro continente.

En compensación del añadido de la abuela, ha desaparecido Margarita, la hija de Ana, que tenía cinco años de edad y nunca se separó de ellos.

Nada cabe objetar a lo referente a las dos criadas.

## VIDA SOCIAL

Su destino diplomático y su creciente prestigio literario le pusieron muy pronto en contacto con los más altos representantes de la España de la época,

comenzando por el mismo rey. Ya indicamos los motivos subconscientes que pudieron originar la poderosa atracción que la realeza ejercía sobre el representante del México revolucionario, que a veces trazaba toda una visión ideal de la figura de la emperatriz Eugenia después de haberla visto descender de un coche en París o de contemplar su frecuente paso en automóvil bajo sus balcones cuando ella se alojaba en el palacio de Liria.

Curiosamente, ese fascinante medio de transporte mecánico sirvió para que entre la figura del joven monarca y la representación mexicana se tejiera un nexo imprevisto, ya que, como es sabido, Alfonso XIII<sup>5</sup> sentía un apasionado interés por cuanto se relacionaba con el volante, y el ministro de México, señor Beistegui, era envidiado por todos en su calidad de propietario de un vehículo capaz de alcanzar los 144 kilómetros a la hora, si bien confesaba que en las carreteras españolas nunca había intentado pasar de los setenta. Nervo, testigo de las charlas de ambos sobre el tema, nos refiere cómo el rey, sin duda para consolarse, le manifiesta a su jefe que, aparte de los tres que poseía, acababa de encargar otro capaz de llegar a los 100 kilómetros por hora.

En algunas crónicas fue transmitiendo a sus lectores mexicanos los diversos rumores que circulaban sobre la próxima boda del rey, informando a veces sobre candidaturas que luego resultaron falsas, del noviazgo, de los preparativos del acto y de las incidencias de la boda, en especial del fallido atentado. Por cierto, que con buen sentido periodístico, después de haber comunicado cuanto de sangriento y de condenable hubo en el intento de regicidio, dedicó uno de los relatos a contar con todo detalle el pequeño negocio de una turista inglesa que tuvo la ocurrencia de venir a presenciar el acontecimiento con una máquina fotográfica y fue a instalarse en un tribuna de pago exactamente frente al lugar desde el que Mateo Morral lanzó la bomba sobre el coche regio, teniendo la entereza suficiente para impresionar hasta dos placas del hecho. Obtuvo por ellas la muy considerable suma entonces de 3.000 pesetas y mucho mayor fue el beneficio del comerciante que se las adquirió para vender copias<sup>6</sup>.

Con la misma predisposición afectuosa fue dando cuenta después de los preparativos para el próximo nacimiento del príncipe de Asturias y en varias ocasiones incluso ejerció de poeta áulico, leyendo en el Ateneo un epitalamio dedicado a los monarcas y cantando a las infantas María Teresa y Pilar<sup>7</sup>.

5. «Las velocidades preferidas por el rey Alfonso. El automóvil de un ministro de México», en *Crónicas de Europa* (OC, I, pp. 1195-96).

6. «Temeridades de los fotógrafos. Dos instantáneas del atentado. Una inglesa impasible», en *Crónicas de Europa* (OC, I, pp. 1246-48).

7. OC, I, p. 1439.

También tuvo entrada en los salones de la aristocracia, donde brilló por sus dotes de gran conversador. Contaba él mismo, que el día en que conoció a Rubén Darío, éste, que le había escuchado en silencio, le dijo al despedirse: «Es usted un gran sonoro: no me lo imaginaba así»<sup>8</sup>. Años más tarde, al trazar su semblanza en *Cabezas*, el gran nicaragüense, que le conocía quizá mejor que nadie, subrayó irónicamente cuanto había de ficticio en estas actuaciones públicas:

«No es Amado Nervo el que la duquesa conoce, el que la marquesa invita a almorzar, el que tiene ya honrosamente marchitos los oros de su casaca diplomática»<sup>9</sup>.

El personaje público además frecuentaba los teatros y enviaba crónicas de los principales acontecimientos que se desarrollaban en el Real, el Español o el Apolo; asistía a recepciones y banquetes; frecuentaba el Casino de Madrid y la Gran Peña, desde donde a veces despachaba su correspondencia particular y visitaba a antiguos amigos, como el escultor Querol, a quien había conocido en París y en cuyo estudio podía ir viendo perfilarse las muchas estatuas que le habían encargado desde distintos países de América. En el número de conocidos de antaño con los que reanudó aquí antiguas amistades se contaban también los actores María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, a los que había visto representar en México.

También volvió a encontrarse con Paderewski, que vino a dar dos conciertos y cobraba los autógrafos con objeto de recaudar fondos destinados al monumento que se proyectaba levantar a Chopin en Varsovia<sup>10</sup>. De todas las distracciones del «gran mundo», la única que no le atrajo fue la moda del tiro de pichón, muy practicada incluso por las damas<sup>11</sup>.

Inmerso en tal ambiente, se explica que lo único molesto de Madrid fuese para él la mendicidad. «Nuestros hermanos los pobres son insoportables en Madrid», afirmó rotundamente al dedicarles una crónica, pero luego, como buen diplomático y lo mismo que hizo en otras contadas ocasiones en que señaló algún defecto, recordó que lo mismo ocurría en México, para comparar las características de los de ambas ciudades, que tenían su origen no en la falta de trabajo o la

8. «Rubén Darío», en *Crítica literaria* (OC, II, pp. 345-46).

9. Rubén Darío: «Amado Nervo», en *Cabezas*. Reproducido en sus *Obras Completas*, tomo II. Afrodísio Aguado, Madrid, 1950, pp. 983-86.

10. «Conciertos de Pederewski. Un monumento a Chopin», en *Crónicas de Europa* (OC, I, pp. 1233-34).

11. «Cómo se mata. Ejercicio de puntería. El tiro de pichón», en *Crónicas de Europa* (OC, I, pp. 1237-38).

miseria, sino en «ese decisivo, ese enérgico, ese invencible, ese definitivo horror al trabajo que es ya casi medular en nuestro pueblo»<sup>12</sup>.

## EL ATENEO

El Ateneo fue para Amado Nervo, como para los restantes escritores hispanoamericanos que a comienzos de este siglo pasaron por Madrid, un hogar intelectual que influyó de manera notable en su vida y en su obra. Recién llegado asistió a una sesión de homenaje en recuerdo de Navarro Ledesma, en que intervino Santos Chocano, cuya entonación fue acogida poco respetuosamente por el público, al que acabó imponiéndose y conquistando, lo que le alegró sinceramente<sup>13</sup>. En «la docta Casa» tuvo ocasión de conocer a los tres pensadores que se dice influyeron más en él: Unamuno, Bergson y Maeterlink, y ocupó la tribuna de oradores en ocasión de los homenajes al rey y a Espronceda, para dar a conocer poemas de diversos autores mexicanos (28 de abril de 1906 y 14 de enero de 1907) o para ofrecer un recital de sus propias obras (10 de febrero de 1906). Entre los años 1906 y 1910 colaboró en dieciséis ocasiones distintas en la revista *Ateneo*, órgano de la entidad, unas veces con poesías, otras con «Información iberoamericana» y con un artículo sobre Sor Juana Inés de la Cruz<sup>14</sup>. Sus esfuerzos para mantener buenas relaciones con doña Emilia Pardo Bazán, directora de la Sección de Literatura, se veían obstaculizados por la prevención de la misma contra todos los mexicanos, desde que sostuvo una fuerte polémica con Francisco A. de Icaza<sup>15</sup>. De todas formas allí tuvo ocasión de conocer a muchos escritores importantes frente a los que, por principio, adoptaba una posición reservada y distante.

## LA VIDA LITERARIA

«Confieso que, aunque conozco en España a todos los escritores y poetas del “último barco”, que son los que naturalmente están más cerca de mi espíritu y que se llaman Azorín, Pío Baroja, Valle-Inclán, Luis Bello, los Machado, Palomero,

12. «Nuestros hermanos los pobres. Enorme cantidad de ciegos. Cosas de Madrid», en *Crónicas de Europa* (OC, I, pp. 1198-99).

13. «Una velada en honor de Navarro Ledesma», en *Algunos* (OC, I, pp. 1343-44).

14. Ángel Sagardía: *Ateneo (Madrid, 1906-1912)*. CSIC. Madrid, 1960, números 907-22, y referencias en otros varios.

15. «Los grandes de España. Don Benito Pérez Galdós», en *Algunos* (OC, I, p. 1339).

Villaespesa, etc., no me he apresurado mucho que digamos a tratar personalmente a las celebridades ya consagradas... Y es que me disgusta profundamente este papel de admirador hispanoamericano que viene a prodigar adjetivos, a rendir parias y a dar la lata, y soy el menos a propósito para desempeñarlo». Esta rotunda advertencia concede mayor valor a las ponderativas declaraciones de admiración que hizo en algunas ocasiones. «La más intensa de ellas es la que siento y he sentido siempre por don Benito Pérez Galdós.»

Con frecuencia le encontraba «silencioso, recogido, modesto», no reconocido por nadie, en el tranvía que enlazaba la Puerta del Sol con Pozas y que pasaba por las casas de ambos. Durante el trayecto hablaban de libros y en una ocasión le indicó que pensaba invitarle a comer en su casa para preguntarle detalles sobre México, que deseaba conocer, pues estaba documentándose para componer el episodio dedicado al general Prim<sup>16</sup>.

Análogo carácter humano y sincero tiene la semblanza de otro viejecito al que casi todas las tardes ve llegar a la oficina del Correo para certificar los envíos que contienen las colaboraciones que remite a periódicos de diversos países de América. Allí espera su turno en la cola y son muy pocos los que le reconocen, a pesar de haber sido ministro. Se trata de don José Echegaray, al que una vez visitó cuando estaba en el poder<sup>17</sup>.

Una apología de Manuel Machado, un reconocimiento de los valores de Benavente, pero con reparos, y poco más son los juicios que dejó sobre sus contemporáneos españoles. De los hispanoamericanos sostuvo hasta el fin su entrañable afecto a Rubén Darío, manteniendo la relación con Francisca Sánchez y con su hijo después que él muriera, y entre los restantes sintió especial predilección por Alfonso Reyes, futuro editor de sus *Obras Completas*, y por Santos Chocano.

También tuvo contactos con la prensa periódica y *Los lunes del Imparcial* y algunos diarios anticiparon algunos poemas suyos, que luego aparecerían en próximos libros.

Téngase en cuenta que la etapa madrileña fue la más importante, cualitativa y cuantitativamente, de toda su producción. Nada menos que diez obras publicó aquí, de las cuales cuatro tuvieron menor difusión por formar parte de la colección «La Novela Corta». En la Villa se forjó la fama que, pocos años después, pudo él mismo comprobar que se había dilatado por toda Hispanoamérica.

---

16. *Idem*, pp. 1339-42.

17. «Don José antes y después de ser ministro», en *Crónicas de Europa* (OC, I, pp. 1179-80).

## LA POLÍTICA Y LOS POLÍTICOS

Alguna vez, por excepción, llegó a interesarse por cuestiones políticas y en especial por su vertiente literaria: la oratoria. Aunque hoy parezca mentira, resultaba sorprendente para el espectador foráneo que los hábitos parlamentarios hubiesen producido no sólo abundantes artífices de la palabra en las Cámaras sino también fuera de ellas, como ponderó al escribir:

«Aquí todo el mundo es orador, hasta el portero, hasta el limpiabotas, hasta el que vende periódicos en la Puerta del Sol... De todas las facultades mentales, de todos los géneros literarios, éste es el más ejercitado en España»<sup>18</sup>.

Excepcionalmente, en una ocasión asistió durante tres días a todos los debates que se celebraron en las Cortes con motivo de los sucesos producidos en Barcelona al asaltar un grupo de oficiales las redacciones de los periódicos *Cu Cut* y *La Veu*, que se dedicaban a injuriar a España y al Ejército. Con tal motivo, pudo escuchar a oradores de todas las clases y escuelas, viejos y jóvenes, como Maura, Montero Díaz, Romero Robledo, Azcárate, Salmerón, Burell, Lerroux, etc., y de todos ellos el que más le sorprendió fue Rodrigo Soriano («vale un Potosí como orador parlamentario») por su habilidad para desconcertar al adversario con divertidísimas interrupciones<sup>19</sup>.

De los políticos a quienes trató le impresionaron sobre todo Canalejas y Moret. Al primero pensaba dedicarle un capítulo en un libro que no llegó a terminar que se titularía *Los Grandes de España* y con sus notas trazó una semblanza en que hacía su retrato físico, ponderaba su juventud relativa (le había imaginado bastante más viejo) y destacaba sus dotes de gran orador<sup>20</sup>.

A don Segismundo Moret le visitó a poco de llegar, con una carta de presentación de Justo Sierra, en su pequeño y discreto chalé de la calle de Doña Blanca de Navarra y la conversación versó acerca del amigo común<sup>21</sup>.

Este alejamiento de la vida política no impidió, sino que acaso facilitó, que más adelante, en un momento crítico, los representantes del pueblo español le ofrecieran una insólita muestra de aprecio, ya que cuando en 1914, a consecuencia de los sucesos de su patria, quedó cesante, el diputado Luis Antón del Olmet presentó una moción a las Cortes proponiendo que se le concediera una pensión de 7.500 pesetas anuales, iniciativa que, después de oír el informe favorable del ministro de Instrucción Pública, fue aprobada, pero que no tuvo efectividad

18. «La cuestión catalanista», en *Crónicas de Europa* (OC, I, pp. 1170-72).

19. *Idem*.

20. «Don José Canalejas», en *Algunos* (OC, I, pp. 1333-35).

21. «Don Segismundo Moret», en *Crónicas de Europa* (OC, I, p. 1158).

porque al conocerla Nervo rehusó la ayuda, en una dignísima carta que no fue publicada hasta después de su muerte. Decía en ella: «Si el amor que a España tengo no fuese ya, merced a su máxima y serena grandeza, incapaz de aumentar, crecería aun ante esta muestra de cordialidad imcomparable»<sup>22</sup>.

## LUGARES Y COSTUMBRES DE MADRID

Nos falta por saber si, aparte de las menciones incidentales ya recogidas, Nervo dejó en su obra algunas páginas que permitan añadir su nombre en la larga nómina de los escritores que a lo largo de cinco siglos han descrito lugares y costumbres de esta Villa. Esa contribución existe, como demostrarán varios ejemplos.

El punto de convergencia de todos está en el río Manzanares, maltratado y denostado hasta por los más fervorosos amadores de estas tierras. Entre las muy contadas excepciones se cuenta la de Nervo, que conocía esa «leyenda negra», como lo demuestra citando unos cuantos de sus más conocidos textos, pero que se ocupa de él en estos afectuosos términos:

«Desde mis balcones, que se abren ante la amplia perspectiva del Campo del Moro, de la Casa de Campo y del lomerío que va hinchándose y ondulando hasta el Guadarrama, distingo entre la arboleda oscura que lo abanica en estos rudos estíos un hilo turbio, un rizo de agua del Manzanares, que culebrea apacible, bordeando médanos rojizos.

Y muchas veces, cuando la mañana es fresca por la misericordia de alguna nube o algún soplo de viento, gusto de recorrer las márgenes del río, llevando, mejor que el asendereado libro debajo del brazo, mi pensamiento y mi divagación conmigo, que es más cómodo.»

Después de mencionar a sus principales detractores, señala que también se han alzado voces en su defensa, como la de doña Emilia Pardo Bazán, que es una bella conferencia reciente sobre Goya sostuvo que no era tan feo ni tan triste como decían, pues en sus márgenes hay «algunos deliciosos rinconcitos de misterio y de paz».

Recuerda, por último, que también forma parte del paisaje que se divisa sobre su casa la fuente de Aranjuez, pintada por Velázquez, instalada ahora en una glorieta del Campo del Moro<sup>23</sup>.

El día 15 de mayo de 1906, dos meses antes de escribir la crónica anterior, había transmitido a sus lectores mexicanos una animada descripción de la romería de San Isidro, celebrada en las orillas del mismo río, con referencias a

22. Manuel Durán: *Genio y figura de Amado Nervo*. Buenos Aires, Editorial Universitaria, 1968, p. 91. La carta puede verse también reproducida en Lucio Mendieta Núñez y María Elena de Anda: *Amado Nervo. Su vida y su obra*. México, Instituto Mexicano de Cultura, 1979, p. 55.

23. «Desde mis balcones. El calumniado Manzanares», en *Crónicas de Europa* (OC, I, pp. 1250-51).

las diversiones, artículos alimenticios en venta, etc., y la tradicional presencia de la infanta Isabel. Evocaba también a los típicos forasteros que llegaban a estas fiestas en los siguientes términos:

«Madrid se puebla de *isidros* y en todas las calles azulean las anchas bandas o fajas con que ciñen sus poderosos vientres los sanos y robustos labradores castellanos.»

Pero, además, nos descubre que el Santo Patrón de este pueblo era un antiguo conocido suyo, desde los días de la infancia por estas curiosas razones:

«San Isidro es uno de mis conocidos y amigos más viejos. En mi niñez recurría yo frecuentemente a él, en verso, pidiendo “que mandara la lluvia para que no hubiera escuela”. Afortunadamente, el santo no me hizo caso jamás... Habíamos hecho del buen santo un patrono de la haraganería. Creo que mucha gente del pueblo, así de nuestro país como de España, no anda muy lejos de este ideal de nuestra infantil devoción a San Isidro: pues he oído referir con cierto entusiasmo, en los tranvías y en las calles más frecuentadas por los romeros, lo que en México había oído ya contar y en las vidas del santo se dice, a saber: que mientras él estaba en éxtasis... los ángeles le labraban la tierra. ¡Qué ideal más bello! Y a los que lo cuentan se les hace agua la boca»<sup>24</sup>.

De los barrios bajos le atraían en particular los misteriosos conventos de monjas de clausura, donde se encerraban aquellas mujeres de las que tanto había oído hablar durante su infancia, cuando ya habían sido suprimidas, y de las que había conocido tan sólo algunas labores de minuciosa y admirable inutilidad:

«En Madrid hay innumerables conventos. Yo, que gusto tanto de mezclarme a este trajín ensordecedor de la vida moderna, con tal de poder tornar a mi soledad así que me plazca, he recorrido algunas veces, mientras se desvanecen las tardes, las empinadas callejuelas de ciertos barrios, del de Segovia, por ejemplo, a los cuales asoman las ventanas de las celdas. He visto, como en *Lastres fechas*, de Bécquer, manos pálidas, que cuidan los tiestos anémicos, por entre la angosta abertura de celosías»<sup>25</sup>.

Estas visiones remotas, casi fantasmales, se corporeizaron el día en que tuvo ocasión de visitar en un convento de Roma a unas compatriotas que allí residían y nos dejó relatadas las impresiones que le produjeron tal encuentro. Por curiosas jugadas del Destino, hoy el último edificio habitado, el número 16, de la pequeña calle de Amado Nervo está ocupado por una comunidad de monjas mexicanas.

De sus referencias al centro, es particularmente curiosa la relativa al aspecto que tomaba la calle de Alcalá entre abril y noviembre, gracias a la aparición de las que llama «terrazas de quita y pon», con mesas de hierro y sillas de bejuco, tan distintas a las permanentes que había conocido en los cafés de París:

24. «La gran romería. San Isidro Labrador, por el agua y quita el sol», en *Crónicas de Europa* (OC, I, pp. 1232-33).

25. «El que viene», en *Crónicas de Europa* (OC, I, p. 1276).

«Abril trajo las terrazas, esas simpáticas terrazas de quita y pon de la calle de Alcalá, que añaden una viva y alegre nota nueva al perenne bullicio de la arteria principal de Madrid.» Y da algunas muestras de las conversaciones más frecuentes en tales «islotos de ruido»<sup>26</sup>.

A pocos pasos se encontraba el trozo de Madrid que, aparte de la misión diplomática, tenía mayor vinculación con México y que era entonces, aunque hoy parezca algo extraño, el edificio central del Banco Hispano-Americano. Nos lo explica así:

«Hay en la esquina de la elegante y hermosa calle de Sevilla y la Carrera de San Jerónimo un edificio suntuosísimo cuya fachada se encorva en ancha línea, limitando en gran parte la plaza de Sevilla.

Ese edificio, donde se reúnen todo el confort y toda la elegancia de los mejores de su género en Estados Unidos, se llama Banco Hispano-Americano y es un hermoso pedazo de México enclavado en el corazón de Madrid.

Cuando los mexicanos entramos por la gran puerta central, a cuyos lados desde dos hornacinas nos miran con austera mirada inmóvil dos admirables estatuas que representan el Cálculo y la Economía, nos sentimos absolutamente en nuestra Patria.»

Explica después que el presidente, don Antonio Basagoiti, vivió más de cuarenta años en México y que casi todos los miembros del Consejo de Administración han residido también allí<sup>27</sup>.

Y calle de Alcalá adelante estaba el parque del Retiro, del que es perpendicular la vía a la que se ha dado su nombre. Del acierto de esta elección nos da idea de la declaración con que se cierra una de sus cartas privadas, escrita en un 29 de octubre:

«Me voy al parque del Retiro a decir ternezas y madrigales a los últimos rayos de esta tarde maravillosa»<sup>28</sup>.

En contraste con esta imagen del otoño, puede verse esta otra:

«Ayer entró el invierno en Madrid a chaparrón limpio y siguió con viento, humedad y tristeza»<sup>29</sup>.

En sus mencionadas críticas teatrales pueden hallarse juicios valorativos sobre los principales coliseos, no exentas de reparos o de observaciones irónicas, como en estas dos referencias al teatro Real:

26. «Terrazas de quita y pon. ¡Vivamos! ¡Vivamos!», en *Crónicas de Europa* (OC, I, pp. 1219-20).

27. «El banquete al señor Limantour. Los mexicanos de “acá”. México en España», en *Crónicas de Europa* (OC, I, pp. 1240-41).

28. OC, I, p. 1171.

29. OC, II, p. 1163.

30. OC, I, p. 1160.

«El teatro Real es de suyo hermoso y elegante. Imaginadlo ahora todo cubierto de flores y ocupado por la Familia Real, por toda la Corte, por todo el Cuerpo diplomático, por todos los grados militares, desde el cadete de dormán gris y pelliza negra hasta el relampagueante general de división, y por toda la aristocracia madrileña, en fin. El palco real es muy bello, pero acaso demasiado grande»<sup>31</sup>.

...

El Real es uno de los más elegantes teatro de Europa... En él todo el histórico. Las óperas, los palcos y algunas veces las mamás que los ocupan»<sup>31</sup>.

El mismo leve sarcasmo puede percibirse en uno de sus auténticos cuadros de costumbres, dedicado a comentar la novedad de que «se ha establecido en Madrid un salón de limpiabotas servido por mujeres». Estima que «es agradable y es culto» que haya aquí quien ejercite ese oficio por 15 céntimos, cuando en París ya casi no se encuentra quien lo practique. La «galantería tradicional» se subleva ante el hecho de que la mujer se ponga a los pies del hombre en público, olvidando que ejerce labores mucho más degradantes. «Yo conozco mexicanos y españoles que en la calle hacen mil reverencias a su mujer, y en su casa las apalean diariamente»<sup>32</sup>.

Muy curiosas son las dos crónicas de julio de 1906 sobre el fenómeno que se producía a mediados de mes de «vaciar» Madrid por la marcha de gran número de sus habitantes, a causa del convencimiento de que veranear «viste», aunque no tanto como tener automóvil. El destino varía según las clases sociales:

«Como la gente *chic* de España y de nuestra Hispanoamérica habla el castellano traducido al francés, no es raro oír en los palacios de la Castellana (mire usted qué ironía la de los nombres):

—¿Y tú *haces* este año?

—Yo *hago* Scheveningue. ¿Y tú?...»

...

«Hay gente que veranea en El Pardo y en El Escorial, pero eso no viste. El grado ínfimo del veraneo decoroso es Cercedilla, adonde va mucha gente modesta. Después de Cercedilla está en categoría... Pozuelo, donde “se caen las pajarillas”, o en otras términos se asa uno a fuego lento, como en Madrid.»

Dado que casi todo el mundo se desplaza en ferrocarril, la estación del Norte se convierte en «el salón de recibir» de Madrid, especialmente de siete y media a ocho de la tarde hora en que parte del tren de lujo que en veintiséis horas escasas lleva a París. La gente bien va a la estación «para saludar a sus conocimientos» y los que marchan creen que han ido expresamente a despedirles a ellos<sup>33</sup>.

31. OC, I, p. 1164.

32. «Les galantería. Mujeres que limpian botas», en *Crónicas de Europa* (OC, I, pp. 1193-95).

33. «Fruta de la estación. El verano y otras cosas y En la estación. Mientras el tren se va», en *Crónicas de Europa* (OC, I, pp. 1248-50).

El 15 de noviembre de 1905 dedicó su artículo al brillante panorama que se les presentaba con las devoluciones de las visitas que el monarca estaba haciendo a diversos países y las próximas bodas reales a los típicos desocupados de la Corte:

«Hay un importante grupo social: el de los que no hacen nada, tan abundante en Madrid como en México, y un poco más en Madrid, que está de plácemes... Y la importante clase social aludida se frota las manos, se emboza en “la española” de vueltas azules y rojas... y se va al café a darse el barato de una taza (que bien lo merece el presentimiento de tantos días de *far niente* y a hablar de las probabilidades de duración que tiene el actual Ministerio»<sup>34</sup>.

Por cierto, que este eterno tema de las inminentes crisis gubernamentales le inspiró poco después un divertido comentario sobre la «crisis imposible», cuando no llegó a producirse una que se estimaba inevitable porque —según las malas lenguas— las esposas de los ministros se habían opuesto resueltamente a la posibilidad de perder su rango días antes de la boda real, para la cual ya tenían dispuestos sus trajes y adornos.

Dentro del mundo de los mendigos, que ya dijimos le molestaban especialmente, le llamaban la atención los ciegos y sus aficiones musicales:

«La proporción de ciegos es enorme. No he visto país donde haya tantos ciegos. Unos tocan la guitarra, otros el violín, éstos el triángulo, aquéllos la mandolina, los de más allá cantan, y sólo en la Carrera de San Jerónimo, de las once a la una de la mañana, pueden verse y oírse dos murgas, estacionadas la una cerca de la Puerta del Sol y la otra cerca de la plaza de las Cortes, que “ejecutan”, en la estricta acepción de la palabra, aires de la *Tosca*, de *La Bohemia*, de *Carmen*, y de algunas zarzuelas de género grande, y esas murgas están exclusivamente compuestas de ciegos»<sup>35</sup>.

Mientras que a los lectores de su diario les ofrecía estos animados cuadros de la vida matritense, sus informes oficiales contenían en ocasiones noticias referentes a organismo culturales y artísticos que consideraban dignos de ser tomados como modelo. Uno de ellos era la Universidad Popular, «importantísima institución libre de enseñanza y de vulgarización científica y que, aun cuando tiene semejantes en Europa y América, no sólo no ha imitado a ninguna de ellas, sino que reviste caracteres muy especiales». Creada en 1904, no es oficial ni obra de sectas; fruto de una idea de alta solidaridad, lucha contra la apatía y la intransigencia y aunque tiene gentes de todas clases, actúa especialmente en las sociedades obreras. Sostiene clases de instrucción primaria para señoritas, otras especiales para modistas, organiza visitas a los museos, etc. A título de comple-

34. *OC*, I, pp. 1163-64.

35. *OC*, I, pp. 1298-99.

mento adjunta la estadística de los trabajos efectuados durante el curso académico 1905-1906<sup>36</sup>.

También llamó la atención sobre el «Teatro de Arte», creado según el modelo del fundado en París por L. Poe, e instalado en la Ciudad Lineal. Mantenido con las cuotas de sus socios, entre los que figuraban Galdós, Benavente, Valle-Inclán y otros, ofrecía dos series de funciones en que se representaban obras maestras que por diferentes motivos no hallaban acogida en los teatros oficiales. Comenzó con *Teresa*, de «Clarín», y *El Escultor de su alma*, de Ganivet<sup>37</sup>.

## ENFERMEDAD Y MUERTE DE ANA

El difícil equilibrio que durante siete años le había permitido simultanear una brillante e intensa vida social y literaria con otra apacible y feliz existencia hogareña, iba a romperse a partir del domingo 17 de diciembre de 1911, en que Ana percibió los primeros síntomas de la fiebre tifoidea que la tendría postrada hasta el 7 de enero de 1912, en que falleció.

Un mes después, él hizo, en el prólogo de *La amada inmóvil*, la más patética y sincera exposición posible de las angustiosas horas pasadas junto a la enferma y sobre todo de las que tenía que apartarse de ellas para seguir cumpliendo, a tres kilómetros de distancia, sus deberes oficiales, hasta que la situación llegó a ser tan insostenible que no tuvo más remedio que descubrir la verdad a su superior para que le permitiera estar durante una hora menos. El 7 de noviembre añadió una «Adición», con sus recuerdos de la noche en que estuvo de cuerpo presente y todos los poemas que componen la obra, debidamente fechados, reflejan la evolución de su estado de ánimo a través de los meses siguientes al acontecimiento, que comunicó por escrito a las dos personas de la mayor intimidad: su hermana Concha y Rubén Darío, a quien el 27 de enero decía:

«Mi querido Rubén: Me ha pasado lo más espantoso que podía pasarme en la vida. El 7 de este mes, después de veintiún días de agonía, se me murió mi Anita. Casi once años habíamos vivido juntos y amándonos en paz. Usted fue testigo de lo comienzos de nuestro amor. He agotado el sufrimiento humano, y en vano pido consuelo a mis ideas espiritualistas que sólo me sirven de estorbo...»<sup>38</sup>.

Como ni siquiera en este trance podía desprenderse de su formación libresca, Nervo se acordó muy en especial durante estas horas amargas de otros muchos

36. *OC*, II, p. 68.

37. «*El teatro de Arte en Madrid*», en *OC*, II, pp. 156-60.

38. *OC*, I, p. 1133.

poetas que habían pasado por trances análogos y acumuló a lo largo del libro una serie de citas, quizá excesivas, de escritores españoles, y sobre todo franceses, que habían llorado la muerte de un ser amado. En otro momento, como se ha dicho, declaró que entre las lecturas que más le habían impresionado en su infancia estaba el *Canto a Teresa*, de Espronceda, que posiblemente afloró también a su memoria en esos momentos.

Toda la obra, que sólo se publicó completa después de la muerte de su autor, viene a constituir una gran elegía.

## LA ETAPA 1912-1918

«No preguntemos nada. El necesitaba querer así»<sup>39</sup>, aconsejó Alfonso Reyes a cuantos trataban de encontrar una explicación a este misterio, que se acentúa al considerar los temores, expresados en una carta a su hermana, de que la justicia francesa le arrebatase a la hija de Ana, que contaba entonces poco más de siete años y con la continuó viviendo, como un padre amantísimo, según se desprende de las cartas que la dirigía durante sus ausencias, aunque cuando ella cumplió los dieciocho años tratara inútilmente de cambiar el signo de estas relaciones. La existencia de esta criatura y las profundas meditaciones sirvieron para que renunciara a la idea del suicidio, muy frecuente en aquellos tiempos en que llegó a desligarse de todo, considerándose tan ajeno a la guerra europea como a las luchas civiles de su patria, ya que su única obsesión era encontrar el sentido de su tragedia, buscando cada vez en fuentes más remotas, como lo prueba el que en el análisis de las poesías de esta época se han hallado fuentes incluso budistas.

Se dice que tardó en recuperar el equilibrio. Al drama íntimo se suman las consecuencias de los desórdenes de su país, tras el asesinato del presidente Madero en febrero de 1913, que acaban originando su cesantía y obligándole a vivir de la pluma, ya que, como se dijo, renuncia a la pensión que le ofrece España. Sólo quien como Rubén Darío conocía a fondo la causa de sus males podía aludir a ellos e infundirle esperanza:

«Su antigua fe había tomado en los últimos tiempo un vago tinte dubitativo; mas el buen maestro Dolor le ha hecho recordar de nuevo la senda azul. Y luego, siendo favorecido por la Lira, tendrá siempre tiempo de ver reflorar la primavera, con ojos, si conocedores de los lacerantes duelos, siempre brillantes al resurgir las auroras y al inmortal llamamiento de las esperanzas»<sup>40</sup>.

39. Alfonso Reyes: «El camino de amor de Amado Nervo», en sus *Obras Completas*, VIII, México, 1958, p. 42.

40. Rubén Darío: *Cabezas* (OC, ed. cit., II, pp. 383-86).

Después de algunos meses de suspensión, el 28 de julio de 1914, se reincorpora al puesto diplomático como secretario encargado de negocios *ad interim*, en que continuaba el 24 de mayo de 1918, cuando salió de Madrid con Margarita para una ausencia de dos meses, según pensaba, por lo que dejó el piso intacto. Marcharon a México y en el mes de agosto el presidente Carranza le nombró ministro plenipotenciario en Argentina y Uruguay, lo que impidió el regreso. Manos amigas recogieron todo cuanto había en la vivienda y lo depositaron en un almacén, donde estuvo hasta 1933, año en que Margarita hizo que se trasladara todo a México. En su vivienda de la calle de Francisco Murguía, 18, a nombre de doña Margot Dailliez de Padilla, hizo reconstruir meticulosamente el piso de Madrid, colocando muebles y objetos en su antigua posición<sup>41</sup>.

## ESTANCIA EN ARGENTINA Y URUGUAY, MUERTE Y APOTEOSIS

Al volver a su tierra y luego al llegar a la Argentina y al Uruguay Nervo pudo comprobar que durante los años de alejamiento del continente americano se había convertido en un hombre famoso, al que todos asediaban y agasajaban. Podría haberse realizado una vuelta a los viejos tiempos, incluso en el terreno amoroso, de haberse producido una serie de quebrantos físico, que le impidieron regresar a Madrid y demoraron su ida a Buenos Aires, vía Nueva York, hasta noviembre de 1914. Aclamado como «primer poeta de América», con cuarenta y ocho años de edad, malvive hasta el 24 de mayo del año siguiente, en que muere en Montevideo, cuyo gobierno decreta duelo nacional. La apoteosis alcanza grados desconocidos: cuatro meses después su ataúd, cubierto por todas las banderas de los países del continente, es embarcado en un crucero y allí donde hace escala se organizan espectaculares homenajes necrológicos y se van sumando barcos de guerra de distintos países al cortejo naval que arriba el 10 de noviembre al puerto de Veracruz, para ser depositados cuatro días después sus restos en la Rotonda de Hombres Ilustres, luego que la Universidad<sup>42</sup> y otras corporaciones exaltaran su memoria.

Como es frecuente, de la adoración se pasó rápidamente al menosprecio y no tardó en imponerse una actitud negativa ante su figura. Lejos de ambos extremos, hoy nadie niega a su personalidad impar un puesto destacado en la historia de la letras hispánicas.

41. Mendieta Núñez, *loc. cit.*

42. *Amado Nervo: Homenaje a la memoria del poeta, publicado por la Universidad Nacional*. México, 1919, 132 pp., 2 h.

## NERVO EN EL MADRID DE HOY

Aparte de los muchos lugares que, según los testimonios aludidos, frecuentó el poeta —desde el Ateneo al teatro Real— existen tres estrechamente vinculados a su figura, que son los siguientes:

En primer término, la casa de la calle de Bailén, 15, en cuya fachada existe, desde el día 22 de marzo de 1947, una lápida conmemorativa, de mármol blanco, con una inscripción, compuesta por el escritor y embajador José María Alfaro, que dice:

«Aquí vivió en el reposo de su cantar y correr por el mundo el gran poeta Amado Nervo. Madrid, que fue en su vida posada y estímulo, le dedica este recuerdo en homenaje a su gloria»<sup>43</sup>.

Después, la calle que lleva su nombre desde el día 28 de diciembre de 1944, en que el Ayuntamiento acordó dar esta denominación a la vía anteriormente llamada La Regalada, que unía la avenida de Menéndez Pelayo con la Colonia del Retiro, en una zona entonces despoblada y que a partir de 1970 iría adquiriendo su personalidad actual, profundamente estudiada por Fernando Jiménez de Gregorio<sup>44</sup>.

La proximidad al Retiro, del que viene a ser como una prolongación, su pequeñez y su calma le habrían resultado sin duda gratos a quien vino a tener aquí, desde 1962, una comunidad, la de religiosas de la Santa Cruz del Sagrado Corazón, más conocidas por las «monjas mexicanas», por ser en su mayoría de esta nacionalidad y pertenecer a la congregación fundada en la ciudad de México en 1879 por doña Concepción Cabrera de Armida. Puesto que, como ya se dijo, desde su infancia fueron las princesas y las monjas los seres que más sedujeron su imaginación entre los pertenecientes al México que no llegó a conocer, no deja de resultar peregrino este contacto póstumo.

Y queda, por último, en la Sacramental de San Lorenzo, cerca de las riberas del Manzanares, donde solía ir a meditar, el nicho en que fueron depositados los restos de Ana, en el mismo patio donde reposan los dramaturgos Miguel Ramos Carrión y Antonio Casero y no lejos del monumento funerario dedicado a los actores Julián Romea y Matilde Díez. Podría pensarse que desde 1918 nadie volvió a ocuparse de la joven extranjera aquí «inmóvil» para siempre, pero lo

43. Juan Sampelayo: «Apuntes para un catálogo de lápidas madrileñas», en *Villa de Madrid*, número 40, Madrid, 1973, pp. 85-86, con dos fotografías, una de la lápida y otra del acto inaugural.

44. Fernando Jiménez de Gregorio: «Niño Jesús-La Estrella», en *Madrid*. Madrid, Espasa-Calpe, 1978, número 45.

cierto es que no en los días de la fama espectacular, sino en los más próximos de la valoración serena, hubo de vez en cuando personas que se acercaron hasta aquí conducidas por un recuerdo piadoso. Así, en 1954, lo hicieron los asistentes a la visita a las Sacramentales, organizada dentro del ciclo de «Itinerarios» por el Instituto de Estudios Madrileños, y dirigida por José del Corral, y también por aquel tiempo, los «Amigos de Bécquer», que oyeron recitar a don Mariano Sánchez de Palacios algunos de los poemas dedicados a la difunta y al escritor mexicano Rodolfo Reyes, evocar su idealizada figura.

JOSÉ SIMÓN DÍAZ

Universidad Complutense de Madrid